

EL CABALLO BLANCO

Diego Sarcona

No hay constancia de que haya tenido un “caballo de batalla” a la manera de Bucéfalo de Alejandro Magno, el Oscuro de Urquiza o el Moro de Quiroga. Seguramente, José de San Martín utilizó una docena de caballos en sus campañas, pero sólo algunos han trascendido: el bayo de San Lorenzo, obsequio de un vecino del convento de apellido Rodrigáñez, y que resultara muerto en el combate por una bala de cañón, aprisionando con su cuerpo al jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo; el alazán tostado de cola cortada al corvejón y el zaino oscuro de cola abundante, ambos, según menciona su contemporáneo Jerónimo Espejo, caballos de paseo de San Martín durante su estancia en Mendoza, o el que le regaló Simón Bolívar luego de la Entrevista de Guayaquil.

Fuera de ellos, ¿pueden acaso sus representaciones ecuestres aportar algún otro elemento relativo a los animales que montó?

La tarea artística puede resultar una herramienta útil para el historiador ya que brinda información sobre el pasado, documentando distintos aspectos y costumbres de época.

Su importancia es aún más significativa cuando los artistas son contemporáneos al tema o a su retratado, o poseen una fiel referencia para la obra.

Núñez de Ibarra fue un grabador criollo de la independencia, que en 1818 realizó una obra ecuestre en lámina sobre el general San Martín. Gericault, artista francés, y el pintor inglés Brown fueron asesorados personalmente por Álvarez Condarco, oficial de San Martín recién llegado a Europa después de Maipú. Todos ellos sentaron a nuestro personaje en un tordillo blanco que, por la abundancia de estos pelos sobre los negros, muestra un aspecto blanquecino.

A partir de estas expresiones artísticas es que nos preguntamos sobre la suerte de la remanida broma: ¿De qué color era el caballo blanco de San Martín? ¿Pudo haber existido tal animal?

Subercaseaux, Rugendas, Ballerini, Carissen, Vila y Prades, entre muchos otros, en sus obras lo presentan montado en un caballo blanco.

Aunque quedan tantas dudas como certezas, debemos estar seguros de que en estos estilizados caballos se prioriza un recurso estilístico que no se condice con la realidad del caballo criollo –de alzada mucho menor y más grueso- desplazado en la concepción artística por otros de raza extranjera, desconociendo que la importación de yeguarizos asiáticos y europeos se dio recién en 1825.

¿Recurso estilístico? ¿Paradigma de perfección? ¿Canon de belleza en aquella época...?

Del color que fuere, el caballo criollo –que sin dudas montó San Martín- fue el verdadero protagonista de sus campañas, pero no fue reconocido en las producciones artísticas. Y qué decir de nuestras mulas, más propicias para la montaña, animal elegido por San Martín para efectuar el cruce de los Andes.

Diego Sarcona es historiador y miembro de la Academia Sanmartiniana